



1080026319

SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE SOR M. JULIANA DE LA ASUNCION

Y SOR M. TOMASA DE SANTA ROSA,

PREDICÓ

el Dr. D. José Maria Cayetano Orozco,

EN LA IGLESIA DE SANTA MARIA DE GRACIA DE ESTA CIUDAD,

EL 10 DE MARZO DE 1853.



GUADALAJARA,
TIPOGRAFIA DE RODRIGUEZ.

1853.



FONDO EMETERIO
FUNDACION DE YETTES

1853



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
149640

SEÑOR VICARIO CAPITULAR.—*He leído con detenimiento el Sermon predicado el día 10 del corriente, en la Profesion Religiosa que se verificó en Santa Maria de Gracia, y que V. S. pasó á mi censura, y no encontrándose nada opuesto á la fe y buenas costumbres, puede V. S. dar su permiso para su impresion: éste es mi juicio que sujeto siempre al acertado de V. S.*

Guadalajara, Marzo 29 de 1853.—Juan N. Camacho.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

GUADALAJARA, ABRIL 5 DE 1853.—*Imprimase: debiéndose cotejar el primer ejemplar por el Señor Aprobante, cuya censura y el presente decreto se pondrán en la primer foja, mandándose dos ejemplares á nuestra secretaria para el archivo. El Señor Vicario Capitulár así lo decretó y firmó.—Espinosa.—Dr. Carlos Maria Colina, secretario.*



Accessistis ad Sion montem, et civitatem Dei viventis, Jerusalem coelestem. . . . et testamenti novi mediatorem Jesum. *Ad Heb. 12. 22 et 24.*

H claustro! ¡oh feliz soledad! ¡mansion de bienandanza suprema, donde nunca se guarecen el tumulto y la inquietud! ¡oh claustro! ¡oh piedras insensibles, pavimentos duros y sombríos, donde tantas veces han corrido hilo á hilo las lágrimas ardientes de palomas candidas, inocentes y sencillas! ¡Oh claustro, el mundano te llama oscura masmorra del infortunio, grotesco asilo de la tiranía, donde entre crujir de cadenas y la monotonía de oraciones autéras, se cautiva el albedrio contra el beneplácito siempre filantrópico del Dios de la libertad! Pero yo, ¡oh claustro! yo te saludo con las efusiones mas tiernas de las gracias, que cual rocios sobre la cima del Hermon, destilan fertilizantes de

149640

la esencia del Catolicismo: yo te saludo atónito de entusiasmo sagrado, de un entusiasmo ciertamente desconocido de aquellos, que idólatras del mundo maligno, se consagraron á Belfegor y comieron el sacrificio de los muertos. Yo voy á hacer en este fastoso dia el panegirico de tus glorias; voy á hablar de la dicha sin mengua, y de las grandes tribulaciones de dos almas predilectas; de Sor Maria Juliana de la Asuncion, de Sor Maria Tomasa de Santa Rosa, que al consumir su sacrificio en este monasterio santo, no gimen como la hija de Jepté, pidiendo dos meses para gritar en la cumbre de las montañas, sintiendo con amargos lloros, su virginidad inútil.

No, Sor Maria Juliana de la Asuncion, Sor Maria Tomasa de Santa Rosa, no, porque vosotras nunca estériles, como dos olivas fructíferas, retoñeis indefectiblemente en los átrios del Dios de los poderios! Vosotras habeis sabido renunciar los halagüeños encantos de la tierra, á fin de sepultaros vivas, no en las dilatadas llanuras, que tanto regocijan al viajero al pié del monte Libano, ni en las floridas márgenes del Orontes, sino entre cuatro paredes, con la mira de bendecir al Eterno Sér, y soportar el yugo de las angustias.

El hombre se persuade con facilidad, mas con dificultad se convence de que no teniendo acá en la tierra un domicilio constante, debe únicamente hos-

pedarse en tiendas movibles, en moradas de tránsito, ocupándose solo, mientras las habita, en proporcionarse para la vida futura, todos los medios que la hagan verdaderamente feliz. Pero vosotras habeis cifrado vuestros goces en el abandono de los bienes caducos, de esos bienes que punzan el corazón, y con martirizadoras dolencias destruyen los caros intereses de la vida nunca perecedera; y en trueque de las cenizas en que ellos de suyo se tornan, habeis obtenido esas lindas y preciosas joyas, que tienen escrito el nombre místico que nadie lee, sino el que las recibe. Si, os habeis acercado al monte santo de Sion, á la ciudad del Dios vivo, á la celestial Jerusalem, al mismo Jesucristo que es el mediador del testamento nuevo. *Accessistis ad Sion montem &c.*

¡Oh Dios justo, que cuando salias á la vista de tu pueblo, cuando pasabas por en medio del desierto, la tierra se movió, y los cielos destilaron á la presencia del Dios del Sinay, á la presencia del Dios de Israel! Dios bueno, tú que segregaste voluntaria lluvia para tu heredad, la que debilitada dístele perfeccion; tú, con clemencia sin igual, estableciste esa religion divina, que sabiendo que sobre el monton de leña preparado ya el fuego, están de piés y manos atadas las víctimas, hiciste caer el terrífico golpe hasta consumir el sacrificio; tú te compla-

eiste con el olor de suavidad que se levantó al través del humo de esa leña encendida, y con el olor de los corazones de las dos víctimas! Ellas sufren ahora mientras las consume ese fuego devorante de la religion, en cuya alabanza se consagran con sus cuerpos y sus sentidos, con sus almas y sus potencias. Congratulaos y aceptadlas. Ellas nada se reservan! Plegue á la divina clemencia que llegando el término muy de antemano prefijado, sean ellas flores vivas plantadas sobre las aguas de Siloe; sean ellas cedros incorruptibles, que descuellen magestuosos hasta perderse de vista en las alturas del Empireo; sean ellas serafines ardientes, que nadando incansables en el torrente de la luz mil veces pura, que dimana del trono que está sobre todos los tronos, tañan salmos y entonen himnos en loor y gloria del Cordero de Sion.

Y vosotros, católicos, pedid conmigo las gracias propias para encomio de la vida monástica, y para la santificacion perfecta de las dos venturosas criaturas que hoy emprenden su carrera, por el sendero mismo que inmortalizaron las vírgenes de Ávila y del Sena.—*Ave Maria.*

Habia de llegar un dia, segun el vaticinio de un profeta, en que el monte del Señor seria colocado en la cumbre de todos los montes. Las alturas in-

acesibles son á la consideracion humana. como el pensamiento de la inmensidad respecto del de la pequenez de cada individuo de la especie infima de los seres: un átomo comparado con la colosal série de las cosas criadas. Nada puede dar una idea exacta de la nulidad del hombre como el pensamiento de la inmensidad, y nada puede dar una idea mas completa de la insignificante duracion de su existencia, como el contemplar la rapidez de esos años inacabables. que en vano se figuran principiados, y que imposible es juzgarlos en algun lindero contenidos. He aquí un motivo porque nosotros entendemos, que el hombre se forma planes grandiosos trepando á las eminencias altísimas: quisiera el hombre ocupándolas, llenar con su espíritu, no solo el muy estenso ámbito que alcanzan sus miradas, sino empujar con los mas altaneros arranques, aquellos límites que con previo designio tienen señalados: quisiera volar raudísimo hasta poner su guarida entre lejanas estrellas: quisiera remontarse con celeridad incalculable mas allá de los espacios que ninguna luz colora, y abalanzarse hácia el centro de la vasta esfera de lo increado, y morar de asiento en el seno mismo de lo infinito. Esta me parece ser la razon porque los profetas en esas concepciones sorprendentes del celestial Espíritu que los arroba, acomodan un monte santo en la cumbre de todos

los montes; como pretendiendo elevarse veloces hasta aquel trono que se halla firme é incontrastable sobre los oscuros nubarranes de la gloria, sobre la luz inaccesible que forma el iris, que segun la revelacion del ángel de Patmos, circunda el alcazar del Cordero, que murió, y, que sin embargo, vive desde el principio sin principio. Y á esta montaña os habeis vosotras acercado. *Accessistis ad Sion montem &c.*

Sí, Sor Maria Juliana de la Asuncion, Sor Maria Tomasa de Santa Rosa, vosotras venis á andar con paso seguro sobre la cima de esa excelsa montaña, mirando como desde alli, se desencadenan los huracanes, que forman la tempestad asoladora, se amontonan las nubes, ya ennegreciéndose con su misma espesura, ya iluminándose con los continuos relámpagos; salen de vuestros piés los rayos, culebreando mansos para la contemplativa religiosa, que ascendió hasta aquella altura, estrepitosos y devoradores para los enemigos que en el fango se revuelcan abajo.

¿Y qué encontrareis en la cumbre de esa montaña? Ansío por obtener un destello solo de aquella vivífica lumbré, que ilustraba al insigne hombre contemplativo del monasterio de Dorvello, ó la sabiduría angelical con que escribió la reformadora sublime del Monte Carmelo; si yo pudiese apoderarme

de estas dos fuertes áncoras para no fluctuar nunca en el mar insondable de la teología mística; si un instante tan solo me fuera concedida su inspiracion espléndida, yo os hablaria de la negacion sensitiva donde ya no hay discurso y el sentido cesa, siendo Dios el agente único, que sabrosamente parla con el alma contemplativa; yo os hablaria de ese abismo de deleites, tanto mas abundantes, cuanto estan sus primores recogidos en unidad y simplicidad infinitas; yo os hablaria de aquellos rios caudalosos, por cuyas aguas resbalan pajarillos y silvos, resonando armónicos, no en los oidos, sino en la parte suprema donde el espíritu reside; sí, os hablaria de aquella mariposa nueva que simboliza el desatamiento de deudos, de amigos y de hacienda, y que en su renovacion maravillosa tiene hastio, porque ha probado que el verdadero descanso, no puede obtenerse en las cosas de la tierra; os hablaria de esas envidiables moradas postreras del Castillo interior del espíritu. Pero en la paz de este monasterio gustareis de esos pastos deliciosos la mas agradable y engolosinante hartura.

Y sin embargo de tanto que contemplareis para resolver en favor vuestro los mas interesantes problemas, yo os diré, que en la cumbre de esa montaña se halla aquel suspiradisimo Sér, en cuyas manos se esconde la luz para cuando le place despe-

dirla de nuevo; aquel Sér de extraordinaria valía, pues con una palabra los soberbios palacios cambia en majanos, y las ruines cabañas trueca en alcázares; aquel Sér cuyo fiat, como en los dias primeros de la creacion, puebla con árboles floridos y fructíferos los áridos arenales del desierto, y mucho mejor fertiliza las sequedades del espíritu.

Si, hijas mias muy amadas en Jesucristo, por mí mismo he jurado, dice este Señor, por mí mismo he jurado, que supuesto que no perdonasteis á vuestros hijos unigénitos por amor mio, os daré una progenie incontable, como las arenas de las playas maritimas. Ha jurado el Señor y su voz hará bambolear, cual ebrios enloquecidos, los mundos todos que ciñen el orbe: ha jurado ante las generaciones humanas y ante las falanges angélicas, que siendo así que habeis sacrificado al amor del Verbo el amor de lo terreno, se multiplicarán vuestras deleitables piedades, y sus ópimas cosechas, como las aguas de las vertientes inagotables que se derraman de la puerta oriental del templo de Ezequiel. Habeis, como el magnánimo rey Assa, arrojado al torrente de los cedros los restos inmundos de ese Dios aborrecible, que otros aman con frenesí, y prosternados adoran; y vuestra recompensa será perenne, brotando con delicias siempre nuevas del seno mismo de Dios. Habeis llegado al monte del Señor; monte pingüe,

monte cuajado de maravillas; monte es este en el que se agradó de morar, y en él morará hasta el fin. Venid, pues, vosotras, venid á este monte; mas mirad, no os suceda lo que á Israel, que mientras estaba fresca la memoria de ingentes portentos en su favor ejecutados, permanecieron fieles; pero luego que la frágil humanidad oscurecia lo que debiera ser de indestructible reminiscencia, de súbito principiaban flacas cañas, á blandirse sin obstáculo, al recio impulso de la idolatría.

El espíritu de Dios en uno de los libros santos que para dicha y holgura celestiales fue á los hombres providencialmente donado, nos pinta con caracteres brillantes la belleza de un esposo y la tierna solitud de una esposa, á fin de lograr ambos, la posesion del objeto que adoran. Era el esposo un racimo de cípro cojido en las viñas de Engaddi; era ligero como el ciervo que corre sobre los montes de Beter. La esposa al oír narrar sus gracias, vuela anhelosa y exhalada buscándolo por las calles y plazas de la militante Jerusalem; tan esmeradamente busca, que consigue oír su voz, y al punto la esposa prorrumpe diciendo: Levantéme para abrir á mi amado, mis manos destilaban mirra, mirra selectisima mis dedos; abrí la puerta para que entrase, mas él ya habia pasado y desaparecido; le busqué y no le encontré, llamélo y no respondiome, encontráronme las patru-

llas que rondan por la ciudad, y ellas me hirieron y me lastimaron, quitaronme mi manto los centinelas del muro. Pero el amado se había ido á un vergel para apacentarse allí y recoger lirios: descendió á un huerto de nueces con la mira de observar si había florecido la viña, y hacer provision de los frutos de los valles. Entretanto la esposa no encuentra quietud, hasta que en su corazon retumba la voz de su querido, que la dice: Ven, amiga mia, ven, apresurate: entran luego á la cámara del esposo rey, y las muchas aguas no pueden extinguir el amor ardiente, ni los rios todos alcanzan á sufocarle.

Y vosotras, si como la esposa de los cantares al esposo amado buskais, ya atormentadas del amargo dolor y de brava pena, ya disfrutando altísimas dulzuras, llegareis á asirlo ¡Asirlo y gozarlo! . . .

Tan grato y feliz es el término de la negacion sensitiva: este término ha sido preparado desde el principio del mundo para los seres escogidos, que purifican sus vestiduras en la sangre de ese pelicano solitario del desierto; de ese pelicano que desgarrá sus venas para un fin aun mucho mejor, de nutrir con tan precioso almibar á las hijas predilectas de su ternura. Este es el nectar que se gusta con objeto de ordenar el amor eterno; esta la bebida de adobado vino y del mosto de las granadas. ¡Oh esperanza venturosa, oh término agradable de la negacion sensitiva!

¡va! Gócese el navegante de tocar el puerto; deleítase el guerrero de empuñar en medio del triunfo la palma de la victoria; complazcase el labrador viendo ondear las espigas de un campo que multiplica sus frutos al ciento; que este navegante, este guerrero, este labrador, son muy toscas imágenes de la felicidad de una religiosa que ha sabido llegar al término del reposo de los sentidos. Hacia el fin de este reposo levanta los ojos el anacoreta, y en delicias se le trasforma el mustio desierto; hacia él levanta los ojos el austero penitente y en flores se le cambian las espinas, la dura cama en mullidas plumas, y en fama perenne la ignominia del mundo que le escarnece y deturpa; hacia él levanta los ojos el cautivo y luego se encanta, como con armonía perfecta, oyendo el ruido monótono de sus cadenas, y ansia el término de su reposo sensitivo, como fin de su padecer y principio de su bienestar; hacia él, tambien levanta vosotras los ojos, y á manera de un Gerónimo en las soledades de Belen, correreris tras las huellas del esposo entre dulcísimos y embriagantes perfumes.

Tratais de conseguirlo renunciando y por siempre los encantos de esa halagüeña hermosura con que la naturaleza amiga os dotó; habeis rehusado, asi mismo, con las comodidades de vuestra casa la herencia que os pertenecía, y con la qué y sin la qué,